

Y, ¿cómo no sentirse feliz, el que con tanto esfuerzo logra vencer a la Naturaleza, en lucha tan desigual, para conseguir un cobijo y un pedazo de pan? No se puede negar que así prende en el alma y se adueña del hombre el sentimiento de la propiedad, base de toda agrupación social. Sólo teniendo esto en cuenta, se explica el que esa muchacha de Ontígola, habitante de la estepa, sintiera la nostalgia de su pobre vivienda, cuando habitaba en una populosa ciudad, según manifestó, y que dejara la vida ciudadana para casarse en tan humilde pueblo, en donde había de terminar sus días, sepultada en vida, en aquella morada troglodita.

Ved, pues, por esos dos ejemplos, que acabo de exponer, referentes al estudio etnológico de la vivienda en Toledo, cómo la Etnología, en esta provincia, tiene interés extraordinario, pues cada problema que consideremos, es un verdadero filón inexplorado para llegar al conocimiento de cuestiones de gran valor histórico-social.

Otro tanto veríamos si nos detuviéramos a considerar los medios primitivos de transporte en esta provincia. Solamente con fijarnos en los medios que emplean en nuestra capital, los aguadores, para el transporte del agua de bebida a domicilio, tendríamos bastante material para un estudio, en que las aguaderas y las curiosas carretillas de mano, con sus primitivos tipos de rueda, alguno casi ibérico, habrían de suministrarnos consecuencias etnológicas de vital importancia. Pero quédese esto para la feliz ocasión en que se lleve a cabo la tarea de escribir la Etnología toledana.

Folklore.—Hó aquí una palabra anglosajona, tan popular, ya, entre los españoles como la más castiza castellana. Su contenido es «el saber del pueblo», esa mezcla de verdad y error acerca de la esencia de los fenómenos que se dan en su propio seno y en cuanto le rodea.

El pueblo es, por sí mismo, un archivo de practicismos y de experiencias heredadas que se acrecienta, en todos los tiempos, con nuevas aportaciones del pensar y del sentir de las generaciones que se suceden.

El «saber del pueblo», conjunto de creencias, supersticiones, ritos, costumbres, fiestas, juegos, leyendas, cuentos, dichos, refranes, etc., etc., no es algo fósil, permanente o imperecedero, sino algo que vive y se renueva. Y aunque la moderna civilización

parece haber desterrado muchas de las manifestaciones espirituales del pueblo, éstas no han hecho otra cosa más que sufrir determinadas transformaciones, que las ocultan a la faz de los actuales tiempos, pero cuya esencia y germen permanecen incólumes, soterrados bajo los últimos estratos de la masa popular.

La ley biológica de la renovación, aplicada a las manifestaciones psicológicas del pueblo, debe ser siempre norte y guía del investigador folklorista, si no quiere verse expuesto a constantes fracasos, buscando inútilmente arcaísmos que tomaron nuevas apariencias o que por ley inexorable, de todo lo que vive, caminaron a su extinción.

Esa misma ley de la renovación, que antes invoco, me hace apartarme de la opinión de los que afirman que todo lo popular debe conservarse cual si fuera *tabú* o cosa intangible. El pueblo tiene costumbres y manifestaciones que deben desaparecer como residuos bárbaros, que son, de una civilización primitiva y embrionaria, muchas veces atentatoria a las sanas costumbres, así como al vivir tranquilo y suave, patrimonio de la cultura, que es dulce libertad, nunca oprimida ni por la tiranía del espíritu ni por la aborrecible de la fuerza bruta.

Consecuente con lo que digo, estimo que aún debe intensificarse mucho más la labor difusora de la cultura en el pueblo. Muchas son las verdades que se encuentran en los dichos y sentencias de la masa popular, pero infinitos son también los contrasentidos y despropósitos, que se vierten en muchas de sus frases. La ciencia del pueblo es alcatoria y contingente. A propósito de esto, nunca olvidaré lo que respondió a otro, cierto campesino riojano, muy entendido en la previsión del tiempo: «fulano, ¿lloverá hoy? —Ya te lo diré mañana».

Claro es, que no quiero decir con esto que no merezca atención y estudio el saber popular. Antes al contrario, si el historiador y el estadista quieren asentar sobre base sólida las conclusiones obtenidas en sus estudios, así como el antropólogo y el etnógrafo en sus investigaciones, preciso es que conozcan a fondo las características espirituales de los pueblos que han de ser objeto de la historia o de dirección política. Quizá nada más importante para llegar al conocimiento de los elementos étnicos e históricos, que han intervenido en la formación de una nacionalidad, como el estudio detenido de su folklore.

El estudio folklórico puede llevarse a cabo desde un punto de

vista puramente arqueológico y comparativo, o bien desde el punto de vista histórico-social, como objetivo más inmediato y más humano. Este último criterio ha sido, hasta aquí, el seguido en nuestro país desde que se iniciaron estos estudios, bajo la propulsión del entusiasmo de aquel hombre eminente, que se llamó D. ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ.

En todos los casos es necesario advertir que la labor folklórica no ha de limitarse a una simple recolección mecánica de dichos, refranes, leyendas, costumbres, etc., que haría del estudio folklórico un acoplamiento, deslabazado, de datos sin finalidad alguna. TEÓFILO BRAGA, el gran maestro del folklore portugués, ya hace notar: «que si la compilación es útil y necesaria, también por otra parte tiene el defecto de la incongruencia irracional, el peligro de dar a estos estudios etnológicos una apariencia de frivolidad que los perjudica (1).

¿Cuál es la labor folklórica llevada a cabo en la provincia de Toledo? Escasa y desprovista de sistematización y método científico. Hasta el día sólo existen coleccionadas y publicadas ligeras muestras del rico tesoro del folklore toledano. Quizá la publicación más importante de este género, ha sido el libro *Tradiciones de Toledo*, de OLAVARRÍA y HUARTE, si bien los elementos folklóricos en que se basa, se hallan disfrazados por un bello tinte literario que les roba su valor pristino. Después de esto, sólo se han llevado a cabo en esta provincia, tanteos sin resultados, que aviven la llama del entusiasmo por estos estudios (2). Tales son la creación del centro provincial de Toledo en 1883 y la publicación de un número de la revista *Folklore de Toledo y su provincia*, por GALLARDO Y DE FONT. Esto es todo lo que se ha venido haciendo en la investigación del saber popular de Toledo, y la labor puramente recolectora de algunos cantares y refranes populares, llevada a cabo por el toledanista SR. MORALEDA. Podemos, pues, decir que el estudio del folklore toledano está por hacer, pues no sólo falta la labor analítica, sino también la tarea de acumulación de materiales.

Yo espero que esta Real Academia ha de tomar de su mano el resurgimiento de los estudios folklóricos en Toledo, haciendo

(1) TEÓFILO BRAGA. *O povo português*. T. I, pág. 7. Lisboa, 1885.

(2) ALEJANDRO GUICHOT Y SIERRA. *Noticia histórica del folklore*. Páginas 183 a 184. Sevilla, 1922.

un llamamiento a los elementos intelectuales y eruditos de la capital y de la provincia, para que recojan cuantos elementos del saber del pueblo encuentren a su alcance. Mucho pueden hacer en pro de ésto, los Maestros, Sacerdotes, Médicos, alumnos de establecimientos de enseñanza de la provincia, quienes diseminados por los pueblos de su naturaleza y residencia, de ordinario, o en épocas de vacaciones, pueden recoger materiales importantísimos de labios del rústico y del inculto, siempre que procedan con alguna discreción, aportando, así, notable cooperación a la labor que puede desarrollar la Academia toledana, como centro provincial de folklore.

De los datos folklóricos de la provincia, que he logrado acopiar, se destacan, como elementos predominantes del saber popular toledano, residuos antiguos de la magia y hechicería, aplicados principalmente al curanderismo y medicina popular; fiestas que encierran dentro de sí, el culto de primitivas religiones (predominio del culto a los antepasados), y una extraordinaria agudeza de observación, unida a cierto amor propio, exagerado, en sus dichos y refranes.

Una de las manifestaciones de la magia, en el folklore toledano, es el «mal de ojo», que puede hacerse por personas iniciadas, a aquellos seres que peor pueden defenderse de sus efectos, animales, mujeres, niños, etc. Menos mal, que para contrarrestar el maléfico influjo, ha encontrado el pueblo un remedio infalible: el cuerno de ciervo. Aplicado a los animales (1), es el eficaz desfacedor del encantamiento, y para los niños, no hay mejor amuleto preservador, que una puntita de astil cervuno, acompañado de unos evangelios.

Más difícil es luchar contra los efectos del «mal de ojo», cuando el atacado es una persona mayor. A pesar de todo, también, entonces, tiene remedio para el mal el pueblo toledano. ¿Para qué han nacido, si no, esas mujerucas, que tuvieron la suerte de venir al mundo acompañadas de otra hermana? Esas *gemelas* son, precisamente las indicadas para quitar el «mal de ojo». Claro, que antes necesitan diagnosticarlo, y para ello, vierten en agua unas gotitas de aceite, que se extienden al caer, por lo general, o que-

(1) ISMAEL DEL PAN. *Un curioso amuleto empleado contra el mal de ojo en los borricos de algunas regiones españolas*. Soc. Esp. de Antr. Etn. y Prehist. Memoria XXII. T. III, págs. 47-55, Madrid, 1924.

dan, breve tiempo, reunidas. En el primer caso, la existencia del «mal de ojo», es evidente.

Entonces, entran en juego estas mujeres, denominadas *saludaoras*, quienes por medio de oraciones especiales, llegan a quitar el mal. De una *saludaora de Gálvez*, recogí la siguiente oración, que pronunciaba, misteriosamente, después de bendecir el agua y el aceite de la prueba:

“Dos te miraron,
tres te han de sanar,
Santa Ana parió a María;
Santa Isabel, a San Juan;
estas palabras son dichas,
son dichas muy de verdad;
y todo el mal que tuvieres
hoy te deseo quitar.

Si es en la cabeza, Santa Elena;
en los ojos, San Ambrosio;
en los brazos, San Ignacio.
Si es en el cuerpo,
el Divino Sacramento.
Si es en los pies,
el bendito San Andrés,
con sus ángeles, treinta y tres.

Jesucristo vive,
Jesucristo reina,
Jesucristo te defienda
de todo el mal que tuvieres.

Esta oración la repetía tres veces, rezando el Credo, cada vez que terminaba.

La expresada jerga de palabras cabalísticas, mezcladas con invocaciones a Jesús y a los Santos de la Corte celestial, no basta siempre para sanar a los enfermos del fatídico mal, y entonces, se aplican las operaciones mágicas, definitivas, que en la mayoría de los casos consisten en guardar, la *saludaora*, en su casa, durante cierto tiempo, un mechón de pelo, del cogote del paciente, hasta que éste sana, pues se cree que la influencia mágica bienhechora, que en torno suyo ejerce la *saludaora*, es capaz de influir a distancia sobre el enfermo, por intermedio del mechón de pelo cortado de su cabeza. Así me dijo otra *saludaora* de Cuerva, que había quitado muchos males, por este procedimiento.

En fin, el pueblo toledano bendice la misteriosa sabiduría de

todas estas mujeres, que disponen de la salud de tantos mortales, y ha llegado a rodearlas de una aureola de superioridad espiritual, que las transforma en populares sacerdotisas de Esculapio.

No se me oculta, que la creencia en el «mal de ojo» es una supervivencia de la magia medieval, que debió extenderse por toda la Península. Pero sí me interesa hacer constar, que su arraigo en la masa popular toledana, más que una cesión de la próxima región andaluza, en donde es frecuente la antedicha creencia, es quizá herencia espiritual del pueblo judío, que por tantos siglos se mantuvo en convivencia con los toledanos, aun cuando no fueran íntimas sus relaciones, al decir de los historiadores.

La creencia en el «mal de ojo», es una de las supersticiones más extendidas entre los judíos marroquíes (1), sobre todo en lo referente a los niños, llevándose a cabo prácticas mágicas similares a las de las *saludaoras* toledanas, para llegar a la curación, y aun se pronuncian ante el niño enfermo palabras rituales para preservarle del mal o quitárselo.

Cuántas veces he oído decir, también, a la gente del pueblo, en la capital toledana, cuando se besa a un niño: «¡Dios te bendiga!» Ello es inveterado, y jamás se omite esa fórmula ante los niños de pocos meses. Quién sabe si esas palabras son la panacea preservadora para el niño, por si alguien intentara inferirle el «mal de ojo». Así es en Asturias, donde para curar ese mal a las criaturas, se busca a la bruja y se le hace decir delante del niño: «Dios te bendiga» (1).

De todo esto, al curanderismo y a la terapéutica popular, no hay más que un paso. Cosa extendida es en Toledo y su provincia, echar mano, antes que del médico, de las *saludaoras*, *untadoras* y *curanderas*, en cuanto se declara en quiebra la salud de cualquier ciudadano de la masa popular.

Hay que ver con qué fe se entregan las pobres gentes a las *untadoras*, para sufrir de aquéllas un sin fin de restregones de barriga, en tanto, que tan *ilustres comentadoras de Hipócrates*, se

(1) A. PÉREZ ROBLES. *La fascinación en Marruecos. La superstición entre los judíos marroquíes*. Soc. Esp. de Antr. Etn. y Prehist. T. IV, cuaderno 3.º. Comunicación núm. 47, págs. 67-70, Madrid, 1925.

(1) AURELIO DE LLANO ROZA DE AMPUDIA. *Del folklore asturiano*. Pág. 111, Madrid. 1922.

hartan de hacer cruces y garabatos, con aceite de ruda y de otras hierbas, en el vientre del paciente..... Pero la fe popular, más sólida que las verdades de la Ciencia, todo lo allana, y pronto quedan libres de todo mal, quienes se someten a tan extrañas operaciones. Lo mismo que la dolencia radique en la cabeza, en el estómago o en los pies, la *untadora* opera en el abdomen, que por algo se ha dicho «que tripas llevan piernas.» A buen seguro, que éstas *untadoras* hubieran reducido, pronto, con su masoterapia, la hidropesía, ficticia, diagnosticada por el Doctor Lafuente, en aquella dama de «La ilustre fregona».

Pues en cuanto a la profilaxis de enfermedades y a los remedios, se agotaría el papel, después de verter aquí un mar de tinta, si enumerase todos cuantos se aplican entre el pueblo toledano. Baste citar, como ejemplos, que en *Gálvez*, como medida preventiva contra la epidemia variolosa, toman grandes tazas de infusión de boñiga de vaca. En *Menasalbas*, dicen que desaparece el dolor de muelas, enjuagándose la boca, el doliente, con sus propias orinas. En *Ventas con Peña Aguilera*, curan la hernia aplicando sobre ella un lagarto, que «después de abierto vivo, haya sido frito antes de que muera». Pues en *Consuegra* dicen, que no hay nada mejor para curar las cortaduras o los eritemas del sudor, como llevar en la cinta del sombrero, la «yerba de cortaduras» o el «cardo setero» hasta que se sequen, que es cuando sana el enfermo. Y, en fin, a qué seguir, la terapéutica popular toledana es tan abundante y fecunda, no se si por herencia musulmana, que después de sus aplicaciones a los enfermos, quedan éstos en condiciones de que, cualquier «Galeno» de nuestros días, certifique su defunción.

Pero así es el pueblo; pesado bloque que se opone al avance de la civilización, y que antes fenece, víctima de sus creencias y supersticiones, que abjurar de ellas para amoldarse a nuevos rumbos y normas de vida, distintos de los que le llegan por las tradiciones y experiencia intuitiva de su propio seno.

Un arsenal de datos folklóricos interesantísimos, contienen las fiestas y romerías de la masa popular toledana. Poco es, en verdad, lo que en este campo se ha espigado todavía; algo hizo el erudito Médico de Ventas Sr. *Martín González*, pero aún falta muchísimo que observar y coleccionar en este sentido.

Como fiesta que acusa un remotísimo origen, y que recuerda, en cierto modo, el culto zoolátrico de los animales astados, está

la llamada «Fiesta de la Vaca» en *San Pablo de los Montes* (1), que se celebra en este pueblo el 25 de enero, en honor de su patrón San Pablo. Un mozo, lleva un palo largo, adornado con cintas de seda, de variados colores, y en el extremo, dos cuernos de vaca, también adornados. Forman la comparsa dos mozos, de los cuales, uno va disfrazado de pastor, y otro de mujer, en tanto que otros dos más, van provistos de cencerros. Toda su diversión consiste, en correr en sentido inverso de la procesión, el día del Santo, y en hacer correr a los forasteros por delante de ellos, gritando: «Ahí va la vaca».

Algunas fiestas, ya desaparecidas, como la que celebraban el día de San Blas, los pueblos de *Santa Olalla* y *El Casar de Escalona*, titulada: «La conquista del árbol», recuerda un poco el culto animista, dedicado a los árboles en la antigüedad. Afortunadamente, para la cultura del país, desapareció esta fiesta, porque en «La conquista del árbol», se originaban todos los años batallas campales que causaban víctimas y aumentaban los rencores pueblerinos (2). Igualmente, por su carácter salvaje, han desaparecido las fiestas llamadas: «La Caracola» y «El Tarugo» en *El Casar* y en el pueblo de *Paredes*.

Verdad es, que aún existe en *Ajofrín*, otra fiesta o romería el día de la Virgen, su patrona, en que el cura es manteado en la iglesia por los mozos del pueblo, *distracción* que, a pesar de su carácter tradicional, introduce el sarcasmo y la ironía en el recinto sagrado del templo (3).

Si de las fiestas y romerías pasamos a los detalles costumbristas, de funerales y entierros, veremos destacarse con vigor, elementos del antiguo paganismo. Para no ser prolijo, citaré que en *Navalucillos*, cuando fallece algún vecino, figura como aditamento, en los funerales, la «ofrenda mortuoria de pan y vino», en cantidad proporcional a la calidad de las pompas fúnebres que se hagan al difunto (4). En varios pueblos comarcanos de los *Montes de Toledo*, existe la costumbre del «Banquete fúnebre», comida que da a los asistentes al entierro, la familia del difunto. Y en

(1) Referencia comunicada por el antiguo Maestro Nacional de San Pablo de los Montes, *D. Valentín Hornillos*.

(2) Referencia de mi discípulo, el Abogado de Santa Olalla, *D. Félix Sánchez Caro*.

(3) Referencia de mi discípulo, *D. Gerardo López-Abad*, de Ajofrín.

(4) Referencia de *D. Juan Díaz*, Maestro Nacional.

Ajofrín, antiguamente, cuando moría un niño, obsequiaban a los muchachos que acudían al entierro, con «vino y *torraos*» (1). ¿No es acaso este ejemplo, un recuerdo de las antiguas libaciones en honor al individuo fallecido?

En fin, el folklore toledano es, como se ve, rico tesoro aún no puesto a la luz de la crítica histórica. Materia tiene para escribir más de un libro, en donde se refleje todo lo que este noble pueblo siente y quiere. Su esencia espiritual, cristalizada está en sus refranes y cantares. ¿Puede haber, acaso, copla, que a su gracia sutil, una la intención que ésta, alusiva a los deseos de las toledanas casaderas?

«Al Cristo de la Vega
van las mocitas;
a la Vega del Cristo,
que no a la Ermita».

Pues no se queda atrás, este refrán antiguo, en el que respira por la llaga, el pueblo dolorido:

«Abril y señores, todos son traidores»

Hay refranes meteorológicos, que no tienen desperdicio, sobre todo algunos, como el siguiente, cuya exactitud comprobarán los que vivan o hayan vivido, en invierno, en la capital toledana:

«Airecito que viene de Bargas, que hace llorar a los niños con barbas».

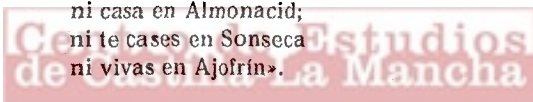
En efecto, en invierno, el aire de Bargas, como viento norte, es tan frío y sutil, como pueda serlo el llamado «Guadarrama», para Madrid.

Hé aquí otro refrán, que según parece, fué obra de alguien que no era de Toledo, ni quedó muy contento de la esplendidez de los indígenas:

«El convite del toledano; bebiérades si hubieses almorzado».

Tampoco debió de ser bautizado, en ninguno de estos pueblos, el autor de este cantar-refrán;

«No compres borrica en Chueca
ni casa en Almonacid;
ni te cases en Sonseca
ni vivas en Ajofrín».



(1) Referencia de mi discípulo D. Gerardo López-Abad.

En cambio, pronto echaréis de ver la naturaleza del que ésto escribiera:

“Ajofrín tiene fama
de buenos mozos;
Sonseca de borrachos,
Chueca de flojos.”

Véase en estos dos cantares, el espíritu puntilloso, local, del pueblo toledano, que, a pesar de todos los defectos que pueda tener su pueblo natal, le hace defender a capa y espada la patria chica.

También es dado, a veces, el pueblo toledano, a tener en una mano el ramo de flores, y en otra el palo, y lo que en ocasiones pondera, le sirve para realzar algún defecto. Ahí va la muestra:

“De Yuncos y de Recas
son las hermosas:
las tinajas de vino,
que no las mozas.”

No sé por qué, los toledanos, ponen siempre gran empeño en no aparecer manchegos, aun cuando, en realidad, a la Mancha pertenece gran parte de su territorio. Quizá, pues, del seno de los toledanos recalcitrantes, surgió el siguiente dicho, el cual, eliminando de él la parte agresiva, puede ser un reflejo del espíritu místico y aventurero que flota en el ambiente de la llanura manchega:

“El manchego, fraile, ladrón o arriero.”